

¿Es acertado dejar que los hijos maduren a golpes?

Bruno Ferrero

En los tiempos en que todos iban descalzos, un gran jefe indio —de pies muy sensibles y poco sentido común— sufría al caminar sobre las piedras del suelo rugoso del territorio de su tribu. Un buen día, después de mucho pensarlo, ordenó a sus guerreros salir a cazar a todos los bisontes de su tierra. Con las pieles de esos animales salvajes pensaba cubrir todo el territorio... aun a costa de exterminar todos los bisontes. Su gente quedó tan desconcertada que una delegación de guerreros se acercó al viejo adivino de la tribu para pedir consejo. Les respondió: “Díganle al jefe que corte dos pedazos de la piel de un bisonte para protegerse los pies. Donde vaya no tendrá la sensibilidad de hoy”. Dicen que así nacieron los zapatos.



Muchos padres razonan como el gran jefe indio: quisieran revestir el mundo entero con tal de que su hijo/a no se apabulle ni se confunda ante la realidad. En cambio, es urgente que, pensando en el consejo del adivino, se decidan a educar la mente y el carácter de sus hijos. El don más precioso y necesario que los padres pueden darles es el sentido de responsabilidad. Es un fundamento humano del que sólo ellos pueden dotar a sus hijos, porque el ambiente de la sociedad se muestra cada día más incapaz de formar ciudadanos responsables.


Los hijos deben tener la oportunidad de tomar decisiones para habituarlos a obrar eligiendo entre diversas opciones. Muchos padres, llevados por el permanente apuro en que viven, prefieren decidir ellos en nombre de sus hijos e imponerles lo que tienen que hacer. En realidad exigen obediencia ciega y, a veces, amenazando con castigos y

actitudes bastante violentas. Una persona responsable, en cambio, se forma con larga preparación, y durante el proceso recibe algunas magulladuras morales. Estos padres niegan al hijo la oportunidad de tomar sus propias decisiones y, por tanto, de aprender a sentirse responsables. Con un poco de imaginación podrían poner a los hijos en condiciones de “probar” lo que es elegir. ¿Qué hacer entonces cuando los hijos se portan mal?, preguntará alguno. Si permiten que sus hijos conozcan por sí mismos las consecuencias de sus actos, se provocarán situaciones instructivas que son reales, honestas y además muy formativas.

Las exigencias de la realidad son provocadas por actos de los hijos, sin intervención alguna de sus padres; y esas exigencias son siempre eficaces. Así, por ejemplo, durmiendo demasiado, el chico llegará tarde al colegio y provocará el enojo de su docente. Desde los

cuatro años, un hijo se ponía regularmente al revés sus zapatos con gran fastidio de su madre, que siempre acababa cambiándoselos ella misma; por supuesto que todos los días el chico recibía la misma gritada de reprobación. Hasta que esa madre, cansada de tanta discusión, lo dejó hacer. Ese día, apenas el niño caminó unos pasos, se cambió él mismo los zapatos que le molestaban y se dio cuenta que su madre tenía razón. ¿Conclusión? El chico aprendió y no hubo más retos. Esto hubiera sucedido mucho antes, si se dejaba solo al chico. Los padres debieran preguntarse qué sucedería si ellos no intervinieran tantas veces en las elecciones de sus hijos.

Tareas escolares incompletas provocan la indignación del docente, juguetes destrozados debieran tirarse sin sustituirse, si se fijó la cena a una hora, el que falta sin aviso ni razón valedera tendrá que comer lo que queda, al que deja tirada su ropa sin echarla al canasto debido, no se le lavará con el resto... y así adelante.

Cuando aquí se dice “consecuencias lógicas y naturales”, los padres deben sobrentender su significado, considerándolo un modo nuevo y razonable de imponer exigencias a los hijos. Los hijos en cambio lo toman como un castigo camuflado. El secreto está en la técnica de aplicación, que contempla una retirada imparcial y discreta de los padres, pero siempre atentos a los hijos, actitud que permite que los hijos empiecen a dar sus propias respuestas. Una aplicación razonable y coherente de estas consecuencias lógicas es a menudo eficaz y podría decirse que es una reducción del antagonismo padres-hijos que da por resultado una mejor armonía familiar. Los hijos captan rápidamente la justicia de estas consecuencias lógicas y, en general, las aceptan sin reservas ni rencores. 

La democracia en Centro América

Mario Olmos
mol@citt.cdb.edu.sv



La afirmación de la democracia en el mundo es el resultado de un largo proceso de avances y retrocesos en la búsqueda de modelos políticos más abiertos y participativos.

En América Latina se han producido múltiples olas de democratización, particularmente claras las de los años veinte, cuarenta y ochenta.

Centro América se encuentra inmersa, desde mediados de los ochenta, en este último movimiento democrático que ha caracterizado al mundo entero. Uno a uno han ido desapareciendo los gobiernos autoritarios de la región y con ellos las restricciones a las libertades civiles y políticas de sus habitantes. Se ha pro-

ducido así una serie de cambios profundos que han caracterizado lo que se ha denominado “transición a la democracia”.

Soplan vientos del pasado

El temor por una ruptura de este proceso no ha desaparecido del todo. Al contrario, las experiencias recientes de Venezuela, Ecuador y Perú han planteado algunas interrogantes.

En el caso de Perú han sido particularmente relevantes los fenómenos de los últimos meses, es decir, la serie de escándalos políticos relacionados con el soborno, la manipulación y el chantaje, los cuales han producido el descrédito del sector político. La situación generada hace comprensible —aunque no justificable— el fenómeno del